

Seguridad y democracia en Turquía

Ildelfonso González Blasco

Periodista



La democracia turca ha estado tradicionalmente custodiada por las Fuerzas Armadas. En consecuencia, la seguridad y defensa del Estado se han convertido en una obsesión que ha castrado cualquier intento por maximizar los valores de tolerancia y libertad en el país euroasiático. Paralelamente, su política exterior ha girado del aislamiento y el sometimiento a Occidente durante el siglo XX, a una diplomacia entre conciliadora y coercitiva con la que pretende reconquistar el protagonismo regional del que gozaba el Imperio Otomano.

Del aislacionismo a una política exterior independiente

Seguridad y democracia son dos términos que van unidos en la historia de la Turquía moderna, si bien el primero se ha antepuesto con frecuencia al segundo. Sus políticas interior y exterior han estado supeditadas durante su corta existencia como Estado a cuestiones relativas a la seguridad y la defensa. En consecuencia, se han tolerado las constantes injerencias del Ejército en la vida pública y el país no ha alcanzado aún una democracia plena.

Entre la creación de la República en 1923 y la Segunda Guerra Mundial (1939-1945), Ankara se mantuvo fiel a la consigna del fundador de la Turquía moderna, Mustafá Kemal *Atatürk*, de “Paz en casa, paz en el mundo”. Esto es, el país euroasiático debía evitar a cualquier precio verse involucrado en aventuras externas (Veiga, 2006). Sin embargo, en las postrimerías del gran conflicto bélico, cuando la suerte de la contienda ya estaba decidida, Turquía abandonó su política neutral y le declaró la guerra a Alemania y Japón. Precisamente, aquella toma de posición a favor de los Aliados resultó clave para su admisión, con el estatus de miembro fundador, en la Organización de las Naciones Unidas (ONU). Su participación en este organismo internacional impulsó un rápido proceso de democratización interna, ya que el Parlamento tuvo que ratificar la Carta de la ONU, lo que suponía la adhesión a los principios democráticos. Un año después, en 1946, se instauró el multipartidismo y se celebraron las primeras elecciones.

Se puede establecer un paralelismo, entre los beneficios democráticos que obtuvo Turquía con su entrada en la ONU, con los que puede lograr si entra en la Unión Europea

Se puede establecer un paralelismo, entre los beneficios democráticos que obtuvo Turquía con su entrada en la ONU, con los que puede lograr si entra en la Unión Europea, desde que se proclamó en 1999 su candidatura formal para pasar a formar parte de la Unión Europea (UE). Como afirma Carmen Rodríguez (2007) la UE “puede influir de una manera estructural y determinante en la democratización del régimen turco” si utiliza sus herramientas de “poder blando” (definido por Joseph Nye como “la capacidad de determinar las preferencias de otros”) y potencia el incentivo de la candidatura.

Las peculiares relaciones con Estados Unidos

Una vez terminada la Segunda Guerra Mundial, Turquía optó por aliarse con Estados Unidos, una potencia que podía ofrecerle protección y servirle de aval en el contexto internacional, como quedó demostrado con el ingreso del gigante euroasiático en el Fondo Monetario Internacional, el Banco Mundial y, sobre todo, en la Organización del Tratado del Atlántico Norte (OTAN) en 1952.

Además, existía una enorme simpatía popular hacia Washington en Ankara; de hecho, después de la Gran Guerra (1914-1918) ya se había barajado la posibilidad de que la nación se convirtiera en un protectorado norteamericano, mientras que en los primeros años de la Guerra Fría, Turquía parecía abocada a transformarse en un nuevo satélite de Estados Unidos. Con la inclusión de Turquía en el bloque occidental, los norteamericanos ganaban un aliado seguro que evitaría la continuación de la expansión del comunismo y se erigiría en la potencia regional estabilizadora de una zona tradicionalmente inestable y hostil para los occidentales (Liman y Núñez de Prado, 2004).

A pesar de todo, los riesgos e inclusive daños que Turquía ha sufrido debido a su apoyo incondicional a Estados Unidos —como la muerte de 717 de sus soldados en la Guerra de Corea (1950-1953) o la instalación en su suelo de misiles nucleares Júpiter que apuntaban a la Unión Soviética durante la crisis de los misiles de 1961— se han visto debidamente recompensados. Turquía no sólo consiguió salir del aislamiento internacional que se había autoimpuesto en la primera mitad del siglo XX, sino que, gracias a su aliado norteamericano, los Gobiernos y/o las cúpulas militares del momento gozaron de manga ancha para actuar a su antojo tanto dentro como fuera de sus fronteras. Por ejemplo, Washington permitió que el Ejecutivo de Adnan Menderes desmontara completamente el Estado *kemalista* en la década de 1950, miró hacia otro lado o al menos no reprobó los grandes golpes militares de la Turquía moderna (incluyendo el golpe electrónico o *e-golpe* de abril de 2007) y participó en la elaboración del plan que condujo a Ankara a atacar Chipre en 1974. Como resume el historiador Francisco Veiga, “Turquía era un aliado estratégico demasiado valioso como para no perdonarle algunos pecados. El Mediterráneo Oriental, los estrechos, la frontera con la Unión Soviética y la proximidad al petróleo iraní e iraquí eran cuestiones no discutibles” (Veiga, 2006: 515).

De todos modos, las relaciones entre sendos países no han estado exentas de tensiones, particularmente cuando Estados Unidos ha considerado que las actuaciones o decisiones de Turquía no servían a sus objetivos. Así, Washington impuso al gobierno turco un embargo de armas entre 1975 y 1978 como reacción a la invasión del norte de Chipre. Asimismo, optó por estrechar sus lazos con los kurdos iraquíes cuando el Parlamento turco se negó a autorizar un despliegue masivo de tropas norteamericanas en su territorio para la ocupación de Irak en 2003.

Aún así, el deterioro de los especiales vínculos entre Estados Unidos y Turquía no ha dejado de ser coyuntural. El incalculable valor que se atribuyen recíprocamente y los intereses que ambos países comparten en la zona impiden que sus discrepancias deriven en un pun-

*Turquía
ha iniciado
una estrategia
propia para
recuperar
la hegemonía
regional*

to muerto o una ruptura completa de sus relaciones. Así ocurrió en 1979, cuando la caída del Sha de Persia, el triunfo de la Revolución Islámica en Irán y la invasión soviética de Afganistán obligaron a Washington a poner fin al embargo de armas y acudir en auxilio de Ankara. En aquellas fechas, Turquía se convirtió, de la noche a la mañana, en un país más que decisivo para la defensa de Oriente Próximo y de la misma Europa, por lo que Estados Unidos no podía permitirse que la República viviera sumida en una crisis económica sin precedentes y al borde de una guerra civil por el problema del terrorismo entre derechistas e izquierdistas (Veiga, 2006: 526).

En 1991, con la desintegración de la Unión Soviética y conjurado el afán expansionista de Sadam Husein en la Guerra del Golfo, Turquía parecía abocada a ocupar de nuevo un segundo plano en la escena mundial. Nada más lejos de la realidad ya que el Gobierno turco, además de apoyar sin fisuras a Estados Unidos en su lucha contra el terrorismo internacional después del 11-S, se ha erigido en el único vigilante fiable para Washington del Irán presuntamente nuclearizado. Tal y como explican Adrián Mac Liman y Sara Núñez de Prado, “fue la caída de la Unión Soviética lo que ha abierto a Turquía a otros horizontes. Actualmente, la solidaridad con los pueblos turcomanos de Asia Central puede expresarse libremente e incluso desembocar en proyectos de cooperación internacional. Occidente empuja a Turquía en esa dirección, aunque sólo sea para frenar las ambiciones hegemónicas y designios ideológicos de Irán” (Liman y Núñez de Prado, 2006:36).

En medio de una región hostil, donde predominan los sentimientos contra Estados Unidos y en la que han naufragado estrepitosamente los planes de Washington de crear un “Gran Oriente Próximo”, Turquía es junto a Israel una pieza clave en la defensa de los intereses norteamericanos. Un ejemplo de esto es la base aérea de la OTAN en Incirlik, en el sur de Turquía, un enclave que resulta crucial para las operaciones militares norteamericanas en Irak y Afganistán.

El Gobierno turco es más consciente que nunca de su poder en la zona. Por ello, está menos dispuesto a subordinar sus intereses a los de Estados Unidos y Europa y, en consecuencia, aboga por dotarse de una política exterior cada vez más independiente de Occidente. Apoyándose en el despegue de su economía, en las señales de rechazo a su plena integración enviadas por la UE y en el auge de una mentalidad más tradicional, nacionalista e islamista, Turquía ha iniciado una estrategia propia, impensable hasta hace unos años, para recuperar la hegemonía regional. Las operaciones militares transfronterizas, puestas en marcha en el norte de Irak por el Ejército turco desde finales de 2007, han podido acelerar los planes al respecto (Herrero, 2008).

Del Imperio Otomano a la Turquía de Erdogan: una mentalidad de frontera

Desde su fundación como República secular hace casi un siglo, el país euroasiático ha vivido siempre obsesionado por su seguridad. La mentalidad de frontera del nuevo Estado —reconocido internacionalmente en el Tratado de Lausana de 1923— tenía sentido en los años inmediatamente posteriores a la Guerra de Independencia, cuando las tropas lideradas por *Atatürk* se impusieron a las potencias europeas (Francia, Grecia, Italia y Reino Unido) en la arrebatiña por los restos del otrora grandioso Imperio Otomano.

Paradójicamente, dicha mentalidad perdura en la actualidad. Turquía continúa sintiéndose amenazada en pleno siglo XXI, a pesar de que sus enemigos se antojan difusos, cuando no inexistentes, para un observador ajeno. Ahora que está plenamente integrada en la comunidad internacional y supervalorada por su inigualable atractivo geoestratégico, Turquía parece empeñada en identificar contrincantes, fuerzas tanto endógenas como exógenas que buscan minar los inquebrantables principios impuestos a sangre y fuego por *Atatürk*: el fuerte sentimiento de pertenencia nacional, mezcla de orgullo y patriotismo; la indisoluble unidad e integridad territorial del país y el laicismo.

Así, desde la particular perspectiva de la inmensa mayoría de su sociedad, Turquía afronta numerosos peligros que van desde el crecimiento del integrismo islámico hasta el terrorismo kurdo, pasando por la eventualidad de que Occidente socave su identidad e incluso llegue a destruirla y se aproveche de sus recursos y potencialidades.

Historiadores como el británico Andrew Mango, autor de la mejor biografía escrita hasta la fecha de *Atatürk*, van un paso más allá y se atreven a acusar a Turquía de mantener una actitud defensiva, en ocasiones xenófoba y a todas luces anacrónica con respecto a Occidente (Mango, 2004). Según explica el periodista Chris Morris, corresponsal de la BBC en Turquía entre 1997 y 2001, los turcos siempre han tenido una actitud vital de “nosotros contra el mundo”. El problema emerge cuando se cruza la línea y se pasa de la obstinación a la paranoia, situación en la que resulta demasiado fácil acusar a los *yabancılar* —extranjeros o forasteros en sentido despectivo— de discriminación o malicia (Morris, 2005).

Por ejemplo, la clase política y de los medios de comunicación nacionales tienden a ensañarse con Occidente por lo que consideran un camino plagado de obstáculos y condiciones sin sentido en el proceso de integración a la UE. En ocasiones, se trata de una mera pataleta, porque el orgullo turco se siente herido al no recibir una fecha

*El Gobierno turco
ha tratado de
mantener unas
relaciones correctas
con sus vecinos,
desde Irán a Israel,
así como con
Europa y Estados
Unidos*

concreta de adhesión; pero, en otras, se dibujan aberrantes teorías de la conspiración por las que se acusa a Bruselas de recrear el espíritu de Sèvres —en referencia al Tratado de 1920 que dejó al Imperio Otomano sin la mayor parte de sus antiguas posesiones— y planear la división del país.

No obstante, los temores y recelos de Turquía no van dirigidos única y exclusivamente hacia Occidente, sino también a sus vecinos del Este e incluso a sus propios habitantes. Durante muchos años, se consideró que Siria era un país que apoyaba a la guerrilla del Partido de los Trabajadores del Kurdistán (PKK), que Irán era una teocracia que deseaba exportar la Revolución Islámica, que los designios de Irak estaban regidos por un dictador sanguinario como Sadam Hussein y que Oriente Próximo en general formaba parte de un pasado con el que los *kemalistas* (seguidores de *Atatürk*) deseaban romper a toda costa.

Antes de la caída de la Unión Soviética, de hecho, el Gobierno turco estaba convencido de que estaba rodeado de enemigos. La suma de comunistas y griegos a los kurdos problemáticos y los islamistas daban como resultado una casa llena de enemigos del Estado (Morris, 2005: 211). A pesar de todo, Turquía ha realizado un gran esfuerzo durante las últimas décadas por relegar a un segundo plano su tradición asiática y acercarse a Occidente, que se ha erigido en su antorcha e inspiración (Liman y Núñez de Prado, 2004: 86). Con todo, ni Occidente termina de aceptar e integrar a Turquía en su seno, ni a Turquía le seduce por completo la idea de subordinarse a Occidente. El país euroasiático ha optado por nadar entre dos aguas y, mientras se decide por la margen del Bósforo que más le conviene, la seguridad continúa anteponiéndose a la democracia. El protagonismo y peso de las Fuerzas Armadas en el discurso sobre seguridad y democracia ha sido y sigue siendo mucho mayor que el de los primeros ministros o presidentes de turno.

Equilibrismo en política exterior

De la mano del Gobierno del Partido de la Justicia y el Desarrollo (AKP, islamista moderado), que llegó al poder en 2002, Turquía ha desarrollado una política del equilibrismo en materia exterior que oscila peligrosamente entre la doctrina de “llevarse bien con todos” y la diplomacia coercitiva con Irak para exterminar el terrorismo del PKK.

Al menos aparentemente, el Gobierno turco ha tratado de mantener unas relaciones correctas con sus vecinos, desde Irán a Israel, así como con Europa y Estados Unidos. El neoislamismo no quiere oír

hablar de un conflicto Islam-Occidente, ni describir a la UE como un club cristiano. Su objetivo sería construir, tanto dentro como fuera de sus fronteras, una “cultura del acercamiento” basada en un compromiso en torno a los “valores” (Zarcone, 2005).

Por ello, el país euroasiático se ha convertido en un mediador de conflictos de primer orden. Además de participar en numerosas misiones internacionales de Naciones Unidas y la Alianza Atlántica (como la KFOR en Kosovo, la ISAF en Afganistán y la FINUL en Líbano), Turquía está buscando un mayor entendimiento entre israelíes y palestinos, el restablecimiento de relaciones diplomáticas entre Damasco y Tel Aviv y el consenso entre afganos y paquistaníes para luchar conjuntamente contra el terrorismo. Igualmente, su suelo ha acogido numerosos encuentros internacionales, así como, de forma puntual, las conversaciones entre la UE y Teherán por el controvertido programa nuclear iraní.

La Alianza de Civilizaciones promovida por Turquía y España ante la ONU constituye un fiel reflejo de la nueva diplomacia turca, si bien tanto en este caso como en los anteriores habría que cuestionarse si Ankara actúa de forma altruista o intenta sacar provecho para sí de la situación. Durante el I Foro de la Alianza de Civilizaciones celebrado en Madrid en enero de 2008, el primer ministro turco, Recep Tayyip Erdogan, no dudó en vincular el futuro éxito de la iniciativa a la adhesión de su país al club comunitario. Afirmó que el ingreso de Turquía en la UE sería un “indicador claro de que la Alianza de Civilizaciones es posible y contribuirá a la paz internacional, por lo que cualquier obstáculo en el camino de Turquía sería un obstáculo también a la paz y a la estabilidad en el mundo” (Ayllón, 2008).

Con todo, no faltan los expertos que sostienen que más que una diplomacia del equilibrio, Turquía ha puesto en marcha durante los últimos años una reorientación de su política exterior. Una de las causas de tal giro respondería a un enfriamiento de las relaciones con Estados Unidos después de la guerra de Irak y a la dilación en el proceso de integración europea que tanto hiere al orgullo turco.

El objetivo de las autoridades turcas sería recuperar una independencia y una posición de relevancia en su ámbito regional que no ha tenido desde la desaparición del Imperio Otomano: “Esta nueva dinámica ha hecho que Turquía establezca lazos con países que en otra época se consideraban enemigos —como, por ejemplo, Rusia y China— y otros —Siria e Irán— cuya aproximación causa no pocas suspicacias en sus aliados estadounidenses” (Herrero, 2008).

En cuanto a sus relaciones con Rusia, huelga recordar el papel de Turquía como aliado occidental durante la Guerra Fría, así como las

*Turquía se
abastece de armas
en el mercado
judío e Israel
le compra agua,
entre otros
negocios*

acusaciones de que los soviéticos apoyaban al PKK y los turcos a los independentistas chechenos. Aunque los nexos entre Ankara y Moscú mejoraron sensiblemente durante la década de los noventa, lo cierto es que ambos países compiten a día de hoy por convertirse en el corredor energético preferente entre Asia Central y los mercados europeos.

La UE desea dejar de depender del gas ruso, Turquía lo sabe y quiere jugar la carta de puerta alternativa de la energía para Europa en su camino hacia la adhesión al club comunitario (Mourenza, 2007). No obstante, Rusia se ha propuesto ponérselo difícil a Turquía con la futura construcción de un gasoducto ‘South Stream’ que pretende ser una alternativa al existente ‘Blue Stream’ y al proyectado ‘Nabucco’. Si bien el ‘Blue Stream’ conecta a Rusia y Turquía a través del Mar Negro, el proyecto ‘Nabucco’, que prevé comenzar a funcionar en 2012, no contempla que el gasoducto pase por Rusia.

En lo que se refiere a Irán y Siria, dos países integrantes del conocido como “Eje del Mal” según Estados Unidos, los vínculos de Turquía con ambos son cada vez más estrechos, sobre todo en el ámbito de la cooperación económica y energética. Aunque Ankara observe con recelo la nuclearización de Irán, lo cierto es que tiene las manos atadas a la hora de exigir a Teherán que ponga fin al enriquecimiento de uranio. La razón es muy sencilla: Ankara depende del gas natural iraní para sobrevivir.

El entendimiento turco-iraní alcanza también el ámbito de la lucha contra el terrorismo kurdo. En el verano de 2006, sendas naciones reforzaron sus tropas a lo largo de la frontera iraquí para prevenir la infiltración de milicianos del PKK (Massicard, 2007). Asimismo, el régimen de los ayatolás está levantando un muro en su frontera con Irak para impedir que los guerrilleros kurdos escapen del cerco impuesto por el Ejército turco contra el PKK en el norte de Irak desde finales de 2007 (Martorell, 2008).

No obstante, el actual clima de camaradería que reina entre Turquía y sus vecinos de la órbita árabe-musulmana contrasta con la intensa desconfianza suscitada tradicionalmente por el Gobierno turco, en países como Irak, Irán o Siria, bien por su patrón de democracia laica tan alejada de una teocracia árabe-musulmana, bien por su proceso de integración a la UE, bien por sus estrechas relaciones con Estados Unidos. Como apunta Morris: “Los islamistas observan el Estado secular que enterró el califato y piensan en traición, mientras que los árabes nacionalistas aún no han olvidado que los turcos eran sus ex gobernantes coloniales. Pero el nuevo modelo turco —que trata de unir a lo grande democracia e Islam— es más objeto de curiosidad que de envidia” (Morris, 2005).

Un caso completamente distinto es el de Israel. En 1959 Turquía fue el primer país musulmán que estableció relaciones diplomáticas con el Estado hebreo, convirtiéndose desde entonces en su gran aliado en la región. “Turquía es un puente entre nosotros y los países musulmanes”, llegó a reconocer en 2007 el primer ministro israelí, Ehud Olmert. Aunque para ciertos expertos la relación estratégica entre Ankara y Tel Aviv —formalizada en un acuerdo de cooperación militar en 1996— es esencialmente contra natura, lo cierto es que cada capital obtiene interesantes réditos con la alianza: Turquía se abastece de armas en el mercado judío e Israel le compra agua, entre otros negocios. No obstante, Ankara, metida en su ya habitual papel de dar una de cal y otra de arena, reconoce la soberanía de la Autoridad Nacional Palestina (ANP) desde la década de los ochenta, no duda en criticar las tropelías israelíes con los palestinos y tampoco tiene ningún reparo en recibir a delegaciones de Hamás.

Armenia y Chipre, principales escollos diplomáticos de Turquía

En cualquier caso, la propia Turquía no está libre de sufrir problemas con terceros países. Relativamente superado su tradicional enfrentamiento con Grecia, Turquía debe solucionar aún desencuentros con Armenia y Chipre, naciones con las que no mantiene relaciones diplomáticas. Turquía fue uno de los primeros Estados en reconocer la independencia armenia en 1991 pero, debido al conflicto con Azerbaiyán en torno al enclave de Nagorno-Karabaj, Ankara impuso a Ereván (capital armenia) en 1993 un bloqueo terrestre que aún se mantiene en la actualidad. No obstante, el principal punto de fricción entre ambos países es el genocidio de 1,5 millones de armenios a manos del Imperio Otomano en 1915. Aunque Turquía reconoce que fue una tragedia en toda regla, niega que las muertes de armenios, en torno a 300.000, fueran el resultado de un plan de exterminio masivo.

Asimismo, el reconocimiento del genocidio armenio por terceros países ha enturbiado seriamente las relaciones exteriores de Turquía durante los últimos años. En noviembre de 2006, días después de que la Cámara Baja del Parlamento galó aprobase una ley que penaliza la negación del genocidio del pueblo armenio, Turquía suspendió sus relaciones militares con Francia. Del mismo modo, el gobierno turco llamó a consultas a su embajador en Washington cuando un comité de la Cámara de Representantes estadounidense votó una resolución de condena sobre el genocidio a finales de 2007.

Mientras, los problemas entre Chipre y Turquía, que en 1983 proclamó unilateralmente una república independiente en la parte norte de

El sector militar turco es el más reticente a los cambios, sobre todo a los reclamados por la UE, porque los consideran un posible elemento desestabilizador

la isla (la República Turca del Norte de Chipre, RTNC) que había invadido nueve años atrás, amenazan las esperanzas de Ankara de convertirse algún día en un miembro de pleno derecho de la UE. En diciembre de 2006, Bruselas congeló ocho de los 35 capítulos que componen las negociaciones por la negativa turca a abrir sus puertos y aeropuertos a los barcos y aviones de Chipre, que ingresó en el club comunitario en 2004 después de rechazar un plan de reunificación de la isla auspiciado por la ONU.

A pesar de todo, Armenia y Chipre son favorables tanto al restablecimiento de relaciones diplomáticas con Turquía como a su entrada en la UE, por considerar que supondrá un incentivo para las reformas democráticas en el país euroasiático. Además, la elección del comunista Dimitris Christofias como nuevo presidente de Chipre en febrero de 2008 ha abierto una puerta a la esperanza para que las comunidades turcochipriota y grecochipriota convivan pacíficamente en el marco de un único Estado.

Sin embargo, frente a la vía pacífica del diálogo y la reconciliación, son numerosas las voces en el seno de las autoridades turcas que consideran que el caso de Kosovo —cuya independencia ha sido reconocida por las potencias europeas, Estados Unidos y la propia Turquía— podría servir de precedente para los turcochipriotas.

El papel del Ejército turco

En cualquier caso, una distensión en los diferendos de Ankara con Nicosia (capital de Chipre) y Ereván continúa dependiendo casi en exclusiva de unas Fuerzas Armadas que, con el general Yasar Buyukanit al frente, se han mostrado especialmente inflexibles en todo lo relacionado con la seguridad nacional. Así por ejemplo, Buyukanit criticó con dureza la propuesta que hizo el Gobierno de Erdogan en diciembre de 2006 de abrir un puerto y un aeropuerto turcos al tráfico con Chipre como primera medida para desbloquear las negociaciones con la UE. “Una institución que tiene 40.000 soldados [en el norte de Chipre], debería haber sido informada antes”, declaró entonces el jefe del Estado Mayor, considerado un *halcón* dentro del Ejército (Sanz, 2006).

De hecho, el sector militar turco es el más reticente a los cambios, sobre todo a los reclamados por la UE, porque los consideran un posible elemento desestabilizador o perturbador de la seguridad e integridad del Estado, sin olvidar la obvia pérdida de privilegios que para ellos acarrearían (Liman y Núñez de Prado, 2004: 53). No obstante, hay quienes sostienen que el temor a que el Ejército turco pue-

da bloquear las reformas liberales en Turquía se ha revelado infundado hasta la fecha (Mango, 2004). Según Mango, sólo hay tres aspectos en los que el Ejército turco es especialmente sensible e intransigente: la defensa del carácter secular del Estado, la indivisibilidad del país y Chipre.

Sin embargo, en estas dos últimas categorías las Fuerzas Armadas están dispuestas a ceder, siempre y cuando los cambios acerquen a Turquía al “nivel de las civilizaciones contemporáneas”, una frase con la que *Atatürk* se refería a la occidentalización y la modernización. Por otra parte, no conviene olvidar que el Ejército es la institución turca mejor valorada —con un 88% de opiniones favorables, según un sondeo de 2003—, y que existe una tradicional identificación de la nación con sus Fuerzas Armadas. Por ello, los militares, que se consideran a sí mismos como los guardianes de la democracia, no han dudado en sacar los tanques a las calles hasta en tres ocasiones en 1960, en 1971 y en 1980.

La lucha contra el PKK, una cuestión de seguridad nacional

Más allá de las disensiones con Armenia y Chipre, el mayor escollo de Turquía a nivel internacional se encuentra en estos momentos en Irak, cuya parte norte alberga a miles de milicianos del PKK que se infiltran periódicamente en el este de la península de Anatolia para cometer atentados terroristas.

La mentalidad de frontera a la que hacíamos referencia más arriba condujo a *Atatürk* a poner un especial énfasis, desde antes incluso de tomar el poder, en defender el concepto de soberanía nacional y el derecho a la independencia de un Estado turco unitario y, por lo tanto, indivisible. Por ello, durante los primeros años de la República se obligó a importantes contingentes de griegos y armenios a abandonar el territorio turco, mientras que a las minorías kurda y árabe sólo se les permitió permanecer en el sureste del país (Liman y Núñez de Prado, 2004: 23).

El caso de los kurdos es especialmente paradójico, ya que durante el Imperio Otomano gozaban de una considerable autonomía y relativa libertad que el propio *Atatürk* prometió que conservarían en la Turquía moderna. De hecho, en una ocasión anunció planes para permitirles administrar sus propios asuntos de una manera autónoma, quizás como recompensa a la decisiva aportación de las belicosas tribus kurdas en la expulsión de las potencias extranjeras de Anatolia durante la Guerra de Independencia. Pero, “en su obsesiva búsqueda de una identidad turca única, cambió de opinión. Todos ellos eran

turcos, les dijo, y durante décadas después de su muerte así es cómo los kurdos han sido descritos oficialmente: ‘turcos de las montañas’ que serían asimilados con el tiempo en una sociedad ‘civilizada’” (Morris, 2005: 93).

Así, según la filosofía *kemalista*, plasmada desde la primera Constitución que tuvo la Turquía moderna en 1924, no hay cabida para animar ningún intento de autonomía por parte del pueblo kurdo o de cualquier otro, ya que se interpretaría como un ataque a la integridad del Estado. Por ello, el Tratado de Lausana que vino a sustituir al de Sèvres, ya no mencionaba ni al Kurdistán ni a los kurdos y *Atatürk* reprimió brutalmente las tres sublevaciones kurdas que se sucedieron entre 1925 y 1938. A los miles de kurdos muertos, deportados o desaparecidos y a la devastación de regiones enteras del este de Turquía se sumó además, la prohibición de su idioma y de sus manifestaciones culturales más características.

El uso continuado de la violencia no sólo no ha conducido a la desaparición del PKK o a la proclamación de un Kurdistán independiente, sino que ha sumido al país en un estado de guerra civil sin aparente solución

Aún hoy, las autoridades turcas se niegan a conceder un estatus especial a los kurdos y argumentan que son una minoría con los mismos derechos que los demás pueblos que integran la nación. Aunque se contempla la posibilidad de ampliar la autonomía de los municipios, con miras a solucionar la situación reinante en el sureste del país, las fuerzas políticas se oponen a la adopción de cualquier medida encaminada a acabar con la unidad de Turquía (Liman y Núñez de Prado, 2004: 53).

No obstante, no son tanto los gobiernos como las Fuerzas Armadas las que tradicionalmente se han cerrado en banda a una solución negociada a la cuestión kurda. Pese a tratarse del problema político más grave que ha afectado al país euroasiático durante los últimos treinta años, el Ejército tiende a considerarlo como un asunto de terrorismo al que sólo se puede hacer frente mediante la vía militar. Es decir, la respuesta de la Turquía del siglo XXI a las actividades subversivas y atentados del PKK es la misma que la que la Turquía de *Atatürk* propinó a las insurrecciones de los jeques tribales kurdos. Como bien resume la experta Ana Villellas, “en esta postura de conceptualización en clave antiterrorista, el Ejército ha desempeñado un papel clave, descartando siempre cualquier vía no militar en el conflicto, bajo el prisma de la defensa del Estado y en línea con su histórico papel de institución interventora en la política interna del país y garante de los principios *kemalistas* sobre los que se fundó la República turca, entre ellos el de nacionalismo” (Villellas, 2007).

Las numerosas treguas y los altos el fuego ofrecidos por la guerrilla kurda y su líder Abdulá Ocalan desde 1991 no sólo han sido rechazados por las autoridades turcas, sino que han sido aprovechados por éstas para lanzarse a una guerra total contra el PKK. Además, el

gobierno turco no ha dudado en emplear todos los medios a su alcance, desde la declaración del estado de emergencia en el sureste de Turquía, entre 1987 y 2002, hasta el lanzamiento de operaciones militares transfronterizas en el norte de Irak en 1992, e 1995, en 1997 y en 2008 contra los santuarios del PKK, pasando por la ilegalización de todos los partidos considerados brazos políticos del grupo terrorista y el encarcelamiento de diputados prokurdos.

Incluso ha recurrido a los métodos paramilitares, mediante la creación de un cuerpo denominado Guardia Rural integrado por aldeanos kurdos que colaboran con el Ejército en la lucha contra el PKK, así como a la guerra sucia o contraterrorismo. En este sentido, apoyó a un misterioso grupo armado islamista, denominado Hezbolá, vinculado ideológicamente a la Revolución Islámica iraní, que declaró la *Yihad* (Guerra santa) contra el PKK (Veiga, 2006, pág. 547).

Según el periodista y experto en Turquía Juan Carlos Sanz, “el Hezbolá turco alcanzó notoriedad durante los años ochenta y noventa del siglo XX por su encarnizada lucha en el sureste de Anatolia contra el movimiento independentista kurdo, al que acusaba de ‘impío’, y por la impunidad de sus acciones, supuestamente coordinadas por los servicios secretos de Ankara y oficialmente ignoradas por jueces y policías” (Sanz, 2003). Sin embargo, la connivencia con Hezbolá tuvo consecuencias sangrientas para el pueblo turco. En 2003, tres años después de que las autoridades locales descabezaran la cúpula del grupo, dos de sus integrantes se inmolaron en Estambul, cobrándose la vida de 62 personas.

El uso continuado de la violencia no sólo no ha conducido a la desaparición del PKK o a la proclamación de un Kurdistán independiente, sino que ha sumido al país en un estado de guerra civil sin aparente solución que, para mayor escarnio, corre el riesgo de internacionalizarse con una eventual futura implicación de las autoridades kurdo-iraquíes. Además, los costes del enfrentamiento son espeluznantes: cerca de 40.000 muertos; 150.000 millones de dólares en gastos militares entre el inicio de la actividad terrorista del PKK en 1984 y la captura de Ocalan en 1999 (Chislett, 2206); millones de ciudadanos desplazados y un empobrecimiento generalizado y progresivo del sureste turco. Aún así, la capacidad de la insurgencia kurda para conservar su militancia e incluso captar nuevos adeptos entre una población que poco o nada tiene que perder no se ha debilitado en los últimos años (González, 2007a).

Con todo, conviene al menos cuestionarse si el problema kurdo no estaría a día de hoy resuelto si el Ejército turco hubiera dejado a un lado su beligerancia para permitir, que el gobierno turco negociara directamente con el PKK y que las recomendaciones de la UE en el

*El pueblo kurdo,
de 30 millones
de habitantes,
vive repartido
entre Turquía
(en torno a la
mitad), Irak, Irán
Siria y la ex URSS*

sentido de reforzar la democracia y los derechos humanos calaran hondo en el país euroasiático. Ciertamente, la flexibilización de las posturas de uno y otro bando abrió un camino a la esperanza de una paz cercana en circunstancias concretas de la historia reciente de Turquía.

Por ejemplo, el primer ministro Turgut Özal (1983-1989) pasará a la historia como el gran maestro y partidario de la negociación con el PKK (Veiga, 2006: 548). Özal, de origen kurdo, se refirió a una “realidad kurda”. Ya como presidente abolió la ley que prohibía el uso de la lengua kurda en los ámbitos público y privado (Zarcone, 2005: 264) y contactó indirectamente con Ocalan (Mango, 2004: 219). También Suleyman Demirel y Erdal İnönü, que gobernaron en coalición entre 1991 y 1993, así como el actual Ejecutivo de Erdogan han reconocido la existencia de un “problema kurdo”. De hecho, no hay que olvidar que uno de cada dos ciudadanos de las provincias de mayoría kurda votó por el AKP en las elecciones legislativas de 2007 (EFE, 2007).

El bando insurgente, ya a principios de la década de los noventa, cambió sus reivindicaciones independentistas por las de una fuerte autonomía, una amnistía para los miles de presos y la posibilidad de participar en la vida política. En los años siguientes, y sobre todo después de la detención de Ocalan y su encarcelamiento en Turquía, el PKK insistió en el reconocimiento de la identidad, la lengua y la cultura kurdas.

Al respecto, el Parlamento turco aprobó en 2002 un ambicioso paquete de reformas en materia política y de derechos humanos para ajustarse a los criterios de Copenhague (las exigencias de la UE para la entrada en la Unión de un país candidato: ser una democracia estable y respetuosa con los derechos humanos, estar dotado de una economía de mercado y adoptar los tratados de la Unión) . En el mismo se incluían los derechos culturales de la minoría kurda, como la enseñanza privada de su lengua y la difusión de programas audiovisuales. Aún así, los kurdos y organizaciones internacionales siguen denunciando que las autoridades turcas no han implementado completa o suficientemente dichas medidas.

La internacionalización del problema kurdo

El problema kurdo no es una cuestión que afecte única y exclusivamente al gobierno turco, puesto que se trata de un pueblo de unos 30 millones de hombres y mujeres que viven repartidos entre Turquía (en torno a la mitad), Irak, Irán, Siria y la extinta URSS desde

la desintegración del Imperio Otomano y la negación de un Estado kurdo en el Tratado de Sèvres. El único país de los anteriores donde los kurdos gozan de una administración propia es Irak, concretamente en la zona norte. Las provincias de Erbil, Suleimaniya y Dahuk constituyen la denominada región semiautónoma del Kurdistán iraquí, que forma parte del Irak federal post Sadam.

El punto de inflexión en la consecución de una autonomía kurda en el país árabe hay que situarlo en 1991, justo después de la Guerra del Golfo. A instancias de Ankara, la coalición internacional creó entonces una zona de seguridad en el norte de Irak con la que se consiguió un doble objetivo. Por un lado, poner fin a la brutal represión de las tropas de Sadam Husein contra la insurgencia kurda; y por otro, impedir que cientos de miles de kurdos, cristianos y turcomanos desprotegidos entrasen en Turquía. Bagdad se retiró de la zona y surgió una suerte de protectorado en el que se repartieron el poder dos grupos políticos: la Unión Patriótica del Kurdistán (UPK) de Jalal Talabani y el Partido Democrático del Kurdistán (PDK) de Masud Barzani (Veiga, 2006: 546). En 1992 se formó un Parlamento kurdo en la región que acordó federarse con un futuro Irak democrático.

La situación disparó todas las alarmas en Turquía, porque aparentemente estaba emergiendo un Estado kurdo, el cual no sólo podía servir de refugio y base segura a los activistas del PKK sino que también fomentaría el separatismo de la misma población kurda en el país (Veiga, 2006: 546). Aquella doble tesis, formulada hace casi dos décadas, no sólo continúa gozando de la misma vigencia en Ankara a día de hoy, sino que en parte se ha demostrado cierta.

Por un lado, Turquía denuncia que unos 3.800 milicianos del PKK, según cifras facilitadas por su Ejército en mayo de 2007 (AP, 2007), campan a sus anchas en el norte de Irak, esto es, viven, se entrenan e infiltran puntualmente en territorio turco, ante la incapacidad e incluso indiferencia de las fuerzas de seguridad iraquíes y estadounidenses. Por otra parte, Ankara teme que una probable anexión de la región petrolífera de Kirkuk al Kurdistán iraquí anime al Gobierno semiautónomo del norte de Irak a declarar un Estado kurdo independiente que, a su vez, estimule el separatismo de los millones de kurdos que habitan en el este y el sureste de Turquía (González, 2007b: 49-61).

En consecuencia, la apuesta de las autoridades turcas pasa tanto por lanzar una guerra total contra el PKK en el este del país y en el norte de Irak, en forma de operaciones militares que comenzaron el 30 noviembre de 2007 (EFE, 13 de diciembre de 2007), como por impedir un referéndum en Kirkuk.

Para sostener legalmente sus ofensivas en un país vecino, aparte de apelar a intereses de seguridad nacional, Ankara ha invocado el derecho de “persecución transfronteriza”

Para sostener legalmente sus ofensivas en un país vecino, aparte de apelar a intereses de seguridad nacional, Ankara ha invocado el derecho de “persecución transfronteriza” (*hot pursuit*) sin aviso previo, que ya se contemplaba en un acuerdo bilateral de 1926 y que se mantuvo en vigor hasta 2003, cuando Sadam Hussein anuló el tratado en vísperas de la invasión estadounidense (EFE, 28 de septiembre de 2007). De hecho, el Ejército ha realizado 25 operaciones transfronterizas en el norte de Irak desde principios de los años noventa (González, 2007b), las de mayor magnitud en 1992, 1995, 1997 y febrero de 2008. Asimismo, Turquía cuenta con 2.000 soldados y seis bases en territorio iraquí desde 1996.

Finalmente, con objeto de retrasar *sine die* la consulta popular sobre el estatus de Kirkuk, Turquía argumenta que aún no se cumplen las condiciones mínimas de seguridad en la zona para su celebración. Asimismo, amplifica las denuncias de las comunidades suní y turcomana, según las cuales las autoridades locales estarían tratando de influir en el resultado del plebiscito mediante el traslado a Kirkuk de miles de kurdos deportados forzosamente durante el régimen de Sadam.

Tanto las últimas incursiones del Ejército turco en el norte de Irak en 2008, que se han saldado con la pérdida de cientos de vidas y la destrucción de aldeas e infraestructuras civiles, como los intentos del Gobierno turco de aplazar el referéndum de Kirkuk al menos hasta 2009 han sido denunciados por Bagdad como una “violación flagrante de la soberanía” de su nación (EFE, 26 de febrero de 2008). Mientras, Estados Unidos ha permitido e incluso apoyado con información de la CIA los ataques armados turcos contra el PKK en el Kurdistán iraquí, considerada como la región más estable y próspera del país. No obstante, para lavar su imagen ante la comunidad internacional y sobre todo frente a sus valiosos aliados kurdos durante la guerra de Irak, Washington ha exigido a Ankara que limite al máximo el alcance y la duración de sus planes militares, que es curiosamente el mismo mensaje que la UE le ha hecho llegar al Gobierno de Erdogan.

Conclusiones

Con su actitud de *laissez faire*, Washington y Bruselas, los dos principales aliados de Ankara en la escena internacional, no hacen sino allanar el camino para que los turcos desarrollen “su propia agenda política, diferente y diferenciada de la de otros actores occidentales y orientales” (Herrero, 2008). En este sentido, la agenda turca no parece otra que la de rechazar tanto el ostracismo que se autoimpuso en la primera mitad del siglo XX como el vasallaje a Occidente al que se entregó durante la segunda.

Su objetivo en el nuevo milenio pasa por convertirse en el juez y parte de una región tan inestable como relevante desde el punto de vista geoestratégico. Y Turquía lo quiere conseguir mediante una política cuanto menos arriesgada debido a la doble dirección que toma. Por un lado, despliega una diplomacia activa que le hace estar cada vez más presente en la escena mundial: copatrocina una Alianza de Civilizaciones, actúa como mediador entre israelíes y palestinos y participa en numerosas misiones internacionales de paz. Por otra parte, no duda en adoptar una diplomacia coercitiva e incluso militar con su vecino iraquí por el problema del terrorismo kurdo. Así, antepone, como por otra parte viene haciendo de una u otra forma desde 1923, la seguridad y la defensa de sus propios intereses sobre la democracia y la vía del diálogo y la negociación.

El problema es que una diplomacia activa no le asegura a Turquía conseguir el estatus de una potencia regional. Por el contrario, dicha actitud podría conducirle al aislamiento, ya que los países de la zona o las propias fuerzas globales tratarían de alinearse para ejercer de contrapeso a su emergente poder (Dagi, 2007). Por otro lado, aunque es cierto que una estrategia agresiva y beligerante es capaz por sí misma de influir en los acontecimientos de la región, también puede trastornar aún más el frágil equilibrio regional e incluso las relaciones entre el Ejército y el poder civil en Turquía. Es decir, Ankara corre el peligro de que el parecer de las Fuerzas Armadas siga prevaleciendo sobre el de los Gobiernos de turno y, por tanto, que la resolución de problemas como el kurdo o el chipriota dependa única y exclusivamente de ellas.

Con objeto de invertir la ecuación y dotarse de una política exterior más unitaria y coherente con sus capacidades y potencialidades, Turquía debe apostar por reforzar su democracia. Y ello implica no sólo implementar un sinnúmero de reformas, entre ellas una progresiva reducción del poder de los militares en favor de la clase política, sino también cambiar su mentalidad. Sería una tarea ardua y difícil, que puede costarle muchos años de esfuerzo y paciencia, pero Turquía, sus vecinos y la comunidad internacional en su conjunto saldrían beneficiados.

Referencias bibliográficas

- AP (2007) Turkey troops head to Iraq border, 30 de mayo de 2007. [Internet] Disponible desde <<http://www.cnn.com/2007/WORLD/meast/05/30/turkey.border.ap/index.htm>>
- Ayllón, L., (2008) Turquía usa el Foro de Zapatero para amenazar con peligros para la paz si no entra en la UE en *ABC*. 16 de enero de 2008, E18.
- Chislett, W. (2006). Las negociaciones para la adhesión de Turquía a la UE, encalladas en *Real Instituto Elcano*. Madrid. [Internet] Disponible desde <<http://www.realinstitutoelcano.org/documentos/269.asp>> [Accesado el día 3 de diciembre de 2007]
- Dagi, I., (2007) "How to understand new activism in Turkish foreign policy" en *The Journal of Turkish weekly*. 15 de noviembre de 2007. [Internet] Disponible desde <<http://www.turkishweekly.net/news.php?id=50294>>
- EFE (2008) El Gobierno iraquí condena la incursión turca e insta a la retirada de las tropas, 26 de febrero de 2008. [Internet] Disponible desde <<http://www.lavanguardia.es/lv24h/20080226/53440294171.html>>
- EFE (2007) Un partido de origen islamista con políticas centristas, 27 de julio de 2007. [Internet] Disponible desde <<http://www.webislam.com/?idn=9895>>
- EFE (2007) Un año de altibajos para Turquía con elecciones anticipadas y conflicto kurdo, 13 de diciembre de 2007. [Internet] Disponible desde <http://actualidad.terra.es/articulo/turquia_altibajos_elecciones_anticipadas_conflicto_2120644.htm>
- EFE (2007) Turquía e Irak firman un acuerdo antiterrorista que no incluye el derecho turco a incursiones, 28 de septiembre de 2007. [Internet] Disponible desde <<http://www.deia.com/es/impresia/2007/09/29/bizkaia/mundua/404550.php>>
- González, I. (2007a) La diplomacia coercitiva de Turquía con Irak, en Safe Democracy Foundation, Madrid. [Internet] Disponible desde <<http://spanish.safe-democracy.org/2007/11/08/la-diplomacia-coercitiva-de-turquia-con-irak/>> [Accesado el día 3 de diciembre de 2007]
- González, I. (2007b) Las tensiones no resueltas de la democracia turca en *Política Exterior*. Volumen XXI, número 119. Fuerza y dinero en Oriente Próximo. Septiembre-octubre 2007, pp. 49-61.
- Herrero, Rubén. (2008). "La emergencia de Turquía como potencia regional" en Real Instituto Elcano, Madrid. [Internet] Disponible desde <http://www.realinstitutoelcano.org/analisis/ARI2008/ARI11-2008_Herrero_Turquia_potencia_regional.pdf> [Accesado el día 28 de enero de 2008]
- Liman, M. y Núñez de Prado, S., (2004) *Turquía: Un país entre dos mundos*. Barcelona, Flor del Viento Ediciones.
- Mango, A., (2004) *The Turks today*. Londres, John Murray.
- Martorell, M., (2008) "La prueba del algodón" en *El Mundo*. 23 de febrero de 2008, M32.
- Massicard, È., (2007) "Turquía" en Badie, B. y Tolotti, S. (dirs.), *El estado del mundo: anuario económico geopolítico mundial*. Madrid, Ediciones Akal.
- Morris, C. (2005) *The new Turkey: The quiet revolution on the edge of Europe*. London, Granta.
- Mourenza, Andrés. (2007). "El complicado ajedrez energético euroasiático" en Noticias desde Turquía, Estambul. [Internet] Disponible desde <http://noticias-desdeturquia.blogspot.com/2007_07_01_archive.html> [Accesado el día 15 de noviembre de 2007]

Rodríguez, C., (2007) *Turquía: La apuesta por Europa*. Madrid, La Catarata.

Sanz, J.C., (2006) "El jefe del Ejército de Turquía rechaza en público la oferta de su Gobierno a Chipre" en *El País*. 9 de diciembre de 2006. [Internet] Disponible desde

<http://www.elpais.com/articulo/internacional/jefe/Ejercito/Turquia/rechaza/publico/oferta/Gobierno/Chipre/elpepiint/20061209elpepiint_3/Tes/>

Sanz, J.C., (2003) "Turquía declara la guerra al integrismo tras la ola de atentados" en *El País*. 1 de diciembre de 2003. [Internet] Disponible desde

<http://www.elpais.com/articulo/internacional/Turquia/declara/guerra/integrismo/ola/atentados/elpepiint/20031201elpepiint_8/Tes?print=1>

Veiga, F., (2006) *El turco: Diez siglos a las puertas de Europa*. Barcelona, Debate.

Villallas, A. (2007) La resolución pacífica del conflicto kurdo, tan cerca y tan lejos en *El Corresponsal de Medio Oriente y África*, Buenos Aires. [Internet] Disponible desde

<<http://www.elcorresponsal.com/modules.php?name=News&file=article&sid=4936>> [Accesado el 21 de noviembre de 2007]

Zarcone, T., (2005) *El Islam en la Turquía actual*. Traducido por José Miguel Marcén. Barcelona, Edicions Bellaterra.



